

Entre el placer y el afecto

Andrea Rodó

Programa de la Mujer, SUR

Un estudio reciente* acerca de la percepción y valoración que las mujeres tienen de su sexualidad, y la percepción que los hombres tienen de la sexualidad femenina, nos muestra que tal área del desarrollo humano sigue estando sometida a mitos y tradiciones arcaicas conservadas a través de distintos medios.

La mujer sin sexo

En la percepción de su sexualidad, las mujeres establecen dos distinciones centrales: de una parte, todas reconocen su condición de seres sexuados y, por tanto, se admiten portadoras de una cierta energía sexual propia a todos los seres humanos. De otra, distinguen y especifican que, si bien el sexo está presente en la vida de las mujeres, no constituye una necesidad vital. Para las mujeres el sexo aparece como prescindible, a diferencia de la sexualidad masculina, que ellas mismas califican como una necesidad vital, necesaria e imprescindible. Al respecto, se reiteran afirmaciones como: "una no necesita tanto", "en realidad una puede pasar sin sexo, muchas veces una prefiere no tener sexo", "ellos piden más", "el cuerpo les pide más", "da la sensación de que es un desahogo, una necesidad frente a la tensión, es como si el sexo los liberara".

Las razones que dan las mujeres para explicar tal situación son de dos tipos: biológico y cultural. Para las mujeres populares, tanto jóvenes como adultas, la mayor necesidad sexual del hombre —y, por oposición, la menor necesidad y apetencia en las mujeres— está dada básicamente por la biología o naturaleza de ambos sexos. En esta perspectiva, el mecanismo natural de la menstruación serviría en las mujeres para descargar y desahogar las apetencias sexuales, mientras el hombre sólo tendría como recurso la actividad sexual misma, que para tal efecto debe ser frecuente.

El mito popular de la menstruación como mecanismo de desahogo corporal femenino resuelve y explica material y simbólicamente el paradigma del ser espiritual de la mujer. La mujer es alma, más que deseo. Así, entonces, es sexuada, pero su sexo no apremia ni exige.

Para las mujeres de sectores medios, y particularmente para las jóvenes, las razones combinan la biología con la cultura. Si bien atribuyen a la biología el actuar diferente de hombres y en mujeres, es al factor cultural que asignan el papel más relevante en la determinación del desarrollo —o más bien falta de desarrollo— de la sexualidad femenina. Son los patrones culturales los que, para estos grupos, han transformado la sexualidad de las mujeres en débil o poco desarrollada; y los que han determinado que los hombres aparezcan como activos y las mujeres menos interesadas en el sexo.

Pese a estas diferencias, y ya sea atribuyéndola al aprendizaje y socialización o a la biología, la diferenciación entre el ser sexuada y el tener deseos y/o necesidad sexual aparece en el discurso de todas las mujeres, y subyace en sus opiniones referentes a otras áreas o dimensiones de la sexualidad.

Podemos observar, por tanto, un discurso en el cual conviven posiciones aparentemente contradictorias. De una parte, apertura y un reconocimiento bastante informado de la condición sexuada de la mujer; de otra, un reconocimiento unánime respecto a que el deseo sexual no forma parte de sus necesidades y presiones más importantes.

Los hombres de todos los sectores sociales, por su parte, hacen las mismas distinciones que las mujeres. Para ellos, la mujer tiene, "como todo ser humano", necesidades sexuales; sin embargo, según

* El estudio se realizó a través de grupos focales. Participaron mujeres jóvenes y adultas de sectores medios y sectores populares respectivamente. Se realizaron también grupos focales con hombres de ambos sectores sociales.

los varones, las mujeres, si bien tienen necesidad sexual, no tienen apetito sexual y su necesidad sexual no es vital, e incluso podrían pasar sin satisfacerla.

Los hombres protestan unánimemente por la falta de iniciativa e interés de las mujeres en el sexo. Reclaman ser ellos los que deben seducir y conquistar habitualmente, aunque reconocen gratificaciones en ese rol. El rol de la conquista les viene bien: "No es que quiera que sea mi mujer la que siempre me conquiste, me gusta hacerlo a mí. Pero de vez en cuando sería bueno que le tocara a ella".

Entre la seducción y la rutina

En el discurso de las mujeres no está presente la noción de placer. La palabra ni siquiera se menciona. La sexualidad se asocia principalmente a cariño, comunicación y entrega. En este sentido, la mantención de la pareja, la seguridad y estabilidad en el matrimonio, son también motivaciones explícitas de las mujeres, ligadas a su sexualidad: "el sexo es necesario para la comunicación de la pareja", "si una quiere mantener su matrimonio es necesario responder ahí", "el sexo da seguridad; una sabe que andando eso, todo anda en orden", "el sexo es para mí expresar el cariño que se tiene con la pareja", "una sabe lo importante que es para el compañero, en ellos es vital", "el sexo, para mí, es el 80 por ciento del éxito del matrimonio; de otra manera no anda bien".

Las mujeres perciben el cuerpo como un instrumento de seducción, y en ello encuentran compensaciones. La ausencia de placer se reemplaza con la seducción y con la comprobación de ser un objeto indispensable de placer. Esto otorga poder a las mujeres, el poder de apaciguar y satisfacer a su pareja. A cambio, se aseguran, de cierta manera, la permanencia del esposo o compañero.

Tras esta representación, aparece también la noción de responsabilidad frente al mundo afectivo y familiar, asignada culturalmente a la mujer. El dominio y responsabilidad del espacio privado es de ella; es, por tanto, necesario y coherente que la mujer se sienta a cargo de su manutención, incluida una situación de "normalidad" en el plano de la vida sexual.

Este autorreconocimiento de poder y responsabilidad de las mujeres se explica, en parte, por las compensaciones que les permiten adaptarse o acomodarse a una situación en general poco gratificante. Quizás, la percepción de su rol y posición hacen más tolerables aquellas situaciones que son de evidente desigualdad y asimetría.

La experiencia sexual pareciera, entonces, que constituye para las mujeres una experiencia con significados múltiples. De seducción, por tanto de poder, de responsabilidad y afecto; por tanto, maternal y acorde al rol y función social asignada.

Esta percepción es común a todas las mujeres, con excepción de las jóvenes de clase media. Ellas son las únicas que incorporan la palabra disfrute e, incluso, la oponen a la condición de mujer objeto. Estas jóvenes reivindican en su discurso los derechos de las mujeres en todos los planos de la vida, incluido, ciertamente, el ámbito de la sexualidad. Sin embargo, este discurso de las jóvenes, abierto e informado científicamente, convive con otro, que da gran importancia al matrimonio y a la virginidad como valor, aunque no necesariamente absoluto ni excluyente: "yo respeto las opciones, pero es bonito llegar virgen", "casarse es importante, es parte de ser mujer", "el matrimonio debe ser una meta, no la única, pero es importante en la realización como mujer", "el sexo es algo natural, es parte de la biología".

Un elemento que en este caso vale la pena mencionar es que el discurso de las jóvenes tiene una connotación muy técnica, que sugiere en ellas una distancia emocional con el tema. Sin embargo, en relación al resto de las mujeres, aquí se aprecia, al menos discursivamente, una percepción de la sexualidad donde el placer no está ausente. En estas jóvenes, al parecer, conviven valores vinculados a roles y modelos tradicionales, con otros nuevos, más abiertos y liberales, probablemente producto de sus altos niveles de escolaridad e información acerca del tema.

Por su parte, los hombres, respecto del goce sexual de las mujeres, opinan que es débil, poco exigente, difícil. Consideran natural esta situación, argumentando razones de tipo biológico y cultural. Refuerzan esta apreciación al aseverar que es necesaria una dosis de habilidad, pericia y paciencia para seducir a las mujeres, quienes habitualmente manifiestan estar cansadas o poco deseosas.

A la vez, reconocen en las mujeres un "poder oculto", una suerte de control y manejo de la sexualidad masculina. Finalmente, son ellas las que posibilitan al hombre su reafirmación viril en su capacidad y manejo sexual. Los varones reconocen sentir inseguridad ante la falta de deseos de las mujeres. Experimentan inseguridad y temor. Dudan de sus propias capacidades y habilidades. La experticidad, fuerza sexual y rendimiento esperado de los hombres, como estereotipo de la sexualidad masculina, juegan aquí sin duda en contra, inhibiendo la seducción, la conquista lúdica, la comunicación, como las actitudes más adecuadas para seducir a la pareja. La tendencia de los hombres ante la falta de deseos de las mujeres es la expresión de actitudes agresivas, impacientes, autoritarias, o simplemente a obviar los sentimientos, necesidades o peticiones de las mujeres.

Los hombres afirman que, pese a ello, la decisión respecto del sexo conyugal hoy depende de las mujeres: "ahora no se las puede obligar". Hay un reconocimiento del derecho que hoy ejercerían ellas para negarse al sexo. Este reconocimiento alude a los cambios que, según el grupo, se habrían producido en las relaciones entre ambos sexos. En este plano, se reconoce un mayor control de las mujeres en relación con su cuerpo y, por tanto, una relación de menor dominio masculino.

Lo limpio, lo malo y lo sucio

Otros aspectos que dan cuenta de esta suerte de contradicción o disociación entre un discurso aparentemente abierto, instruido, que acepta el sexo como algo natural y desinhibido, y una experiencia sexual negadora del placer, son la masturbación y la limpieza corporal.

Respecto de la masturbación, en las mujeres, aparece en un primer momento una actitud abierta, informada, nuevamente desinhibida, probablemente asociada al reconocimiento de la condición sexuada de la mujer. Sin embargo, a corto andar, aparecen las asociaciones con lo anormal, lo impropio, el vicio, lo extraño.

Todas las mujeres, jóvenes y adultas de ambos sectores sociales, consideran que la mujer no necesita de la masturbación pues no tiene, biológicamente, una necesidad sexual que lo justifique. Se considera que es normal sólo si constituye un episodio aislado en la vida de una mujer soltera o sin pareja: "yo creo que puede ser normal, porque la mujer tiene sexo, pero si una mujer es casada o tiene pareja, ahí ya no se justifica", "para qué llegar a masturbarse, para las mujeres... nunca tanto..."

Los hombres, por su parte, opinan de manera similar a las mujeres. La masturbación podría aceptarse sólo si fuera una experiencia aislada en la vida de una mujer. Casi como un test de su condición sexuada. Se considera absolutamente innecesaria y anormal si se transforma en una experiencia cotidiana, aun cuando fuera esporádica. En la representación de ambos sexos, la masturbación entra en el terreno del vicio, con límites difusos respecto del pecado, de la anormalidad.

Estas opiniones vuelven entonces a reafirmar la percepción de hombres y mujeres respecto a considerar la sexualidad femenina como poco desarrollada, y otorgarle límites y normas claras.

Otro aspecto interesante que surge en el discurso de las mujeres es el del cuerpo asociado de manera reiterada a limpieza y seducción.

La limpieza constituye para las mujeres la virtud corporal más importante en relación con la sexualidad. Paralelamente a esta virtud, el cuerpo aparece como un instrumento de seducción. Como dijimos antes, las mujeres lo perciben como un medio de satisfacción y goce para el otro.

Es significativo, sin duda, que limpieza y seducción aparezcan juntas y, más aún, que ello sea una asociación reiterada pro todas las mujeres. Esta convivencia conceptual de algún modo sugiere la contradicción y disociación que viven las mujeres con su sexualidad: son las mismas mujeres que se perciben a sí mismas con una sexualidad débil y poco placentera, las que a su vez reconocen usar intensivamente su cuerpo para seducir y atraer al compañero sexual.

La limpieza, en este contexto, junto a la obvia percepción de aseo como cualidad social, podría significar la expresión simbólica de la necesidad inconsciente que tienen las mujeres de limpiar o purificar una experiencia cotidiana que representa un terreno no asumido satisfactoriamente, más bien asociado a lo sucio e impuro. Ciertamente, también la limpieza podría revelar, tan simplemente, el hábito de limpiar y asear todo aquello que huele corporalmente mal.

A modo de reflexión

La sexualidad, como experiencia y representación de las mujeres, aparece como un ámbito donde se mantienen actitudes y modelos bastantes tradicionales. Es un ámbito básicamente de comunicación y cariño, más ligado a funciones afectivas y a roles preestablecidos que al erotismo o goce sexual. Pese a la ausencia de esta dimensión en la sexualidad de las mujeres, no significa que ello no sea una preocupación o no constituya un "asunto pendiente". Por el contrario, lo reconocen como un problema y una carencia importante, que intuyen ser motivo de crisis o problemas de pareja.

Pareciera, así, que hoy existe una demanda de las mujeres, una suerte de reclamo a su pareja sexual, en el sentido de hacer respetar sus tiempos, sus ganas y su derecho a experimentar la sexualidad del modo que mejor les acomode. Esta actitud revela, al menos, la decisión de las mujeres de tener un cierto dominio de sus deseos y derechos con su cuerpo y con su sexo.

Ciertamente esto no basta. Lo que la mujer requiere no es sólo tener la posibilidad de decidir sobre su vida sexual; necesita, sobre todo, tener una vida sexual placentera, donde el goce del cuerpo se constituya en un medio de crecimiento, desarrollo y libertad para ella y su pareja.

La percepción de los hombres respecto de la sexualidad de las mujeres no difiere de la percepción que tienen las propias mujeres: la sexualidad es terreno masculino por excelencia; y coherente con ello, los hombres son los únicos que asocian sin titubeos sexualidad a placer. La sexualidad de la mujer, por el contrario, es percibida por los hombres como un sexo apagado y poco activo.

El estereotipo conocido se mantiene: los hombres activos, la mujer pasiva y poco deseosa. O, dicho de otro modo, el sexo y el placer: terreno masculino; la afectividad y la entrega: terreno femenino.

Pareciera, entonces, que el sexo conyugal, en la representación de hombres y mujeres, es materia de acuerdos donde se conjugan motivaciones y expectativas diferenciadas por sexo. Cada cual, de acuerdo a su rol y a su propia autoimagen, experimenta una manera particular de vivir el sexo. Ambos, pareciera, buscan y encuentran un cierto equilibrio, que en alguna medida satisface necesidades similares de estabilidad y seguridad afectiva. Los hombres lo encuentran en la satisfacción física, orgásmica del sexo y con ello, indirectamente, encuentran afirmación, seguridad y reconocimiento de su identidad viril. Las mujeres, por su parte, reemplazan el placer por el afecto, vinculado al rol de esposa o compañera, lo que a su vez también, de modo indirecto, les otorga seguridad y afirmación de su rol y de su propia autoimagen.

Sin embargo, queremos relevar que, más allá de esta trama aceptada de relaciones, es la sexualidad de la mujer la que finalmente es negada y reprimida, lo que evidentemente tiene importantes repercusiones para su salud mental.

En la intimidad y representaciones más profundas de las mujeres, se expresan atávicas inhibiciones y frustraciones. Tradiciones que atentan contra el desarrollo y vivencia de la libertad de hombres y mujeres. Se revela así que en esta área tan crucial de la vida de hombres y mujeres, los comportamientos y actitudes no han variado. Hay, sin duda, avances significativos en el acceso a la información y a las comunicaciones; hay buenos niveles de escolaridad, muy superiores a los de antaño. Hay, probablemente también, relaciones más igualitarias entre hombres y mujeres, que se expresan principalmente en una creciente ampliación de los roles de la mujer. Pero, en el ámbito de la sexualidad, pareciera que las cosas no cambian, y permanece ausente una experiencia de vital importancia para el desarrollo y la calidad de la vida de hombres y mujeres.